



¿Tanto sabe el médico?: La formación de España después de 1898 a través de la perspectiva del médico

Daniel Gier

De la etapa como médicos en función de Pío Baroja y Felipe Trigo frecuentemente se hace referencia. De hecho, resulta anecdótico que se mencione en cualquier bosquejo biográfico de los dos, su relativamente fugaz experiencia vital como médicos practicantes, contrapuesta a su larga y dilatada experiencia como escritores.¹ En el caso de Baroja, al menos en lo que respecta a estos bosquejos, el hecho de ser médico no parece tener mucho más relieve en su vida que su etapa de panadero, oficios por los que pasó para llegar a su “verdadera” profesión, la de escritor. Miguel Sánchez Ostiz menciona que, “La andadura literaria de Baroja, al margen de sus frustradas dedicaciones de médico y panadero, o así nos ha quedado, comienza con la bohemia fin de siglo” (Sánchez Ostiz). E. H. Templin versa sobre el papel de la medicina en la vida de Baroja, pero el crítico aduce que más que considerar que ser médico fuese el móvil detrás de su propia metafísica, “. . . human wounds, including neuroses are no more monopoly of the medical profession than the broad scientific, philosophical and political discussions in *El árbol de la ciencia*, *El mundo es así* and many other books” (166). Por su parte, Beatriz Rivera-Barnes hace hincapié en el interés que Baroja mostraba por las ciencias, en especial la medicina, y dice que su, “. . . epistemology simply suggests that Baroja stopped to reflect on the sciences, and then used some sciences in an effort to comprehend the nature of the world and of the human psyche” (176).² La falta de atención en el peso que pudieran haber tenido tanto el estudio como la práctica de la medicina, o descartar su importancia, abre una laguna en la comprensión de Baroja y Trigo, y consecuentemente de su narrativa. Por ello consideramos aquí que merece la pena detenerse a reflexionar sobre el papel de la medicina en la vida de los protagonistas de dos novelas centrales a la obra de estos dos escritores, y cómo el lugar que les corresponde en la sociedad como médicos entronca con la regeneración de España después de 1898.

El lector que únicamente atiende a la descripción de la experiencia que tiene Andrés Hurtado como estudiante en la Facultad de Medicina en Madrid en *El árbol de la ciencia* (1911) de Pío Baroja, o se fija en la discapacidad en el diagnóstico que padece Esteban en *El médico rural* (1912) de Felipe Trigo, ciertamente concluirá que el médico español de finales del siglo XIX estaba poco preparado para atender no únicamente a sus pacientes, sino que también el mismo curso de estudios deformaba la formación espiritual,

entiéndase vital, del estudiante. Baroja claramente deja ver que la mediocridad intelectual estaba a la orden del día y la preparación académica de los futuros médicos, muy deficiente: “Andrés Hurtado, los primeros días de clase, no salía de su asombro. El hubiese querido encontrar una disciplina fuerte y al mismo tiempo afectuosa, y se encontraba con una clase grotesca, en que los alumnos se burlaban del profesor. Su preparación para la ciencia no podía ser más desdichada” (15).

El panorama desolador de la vida del estudiante universitario con el que Baroja asedia al lector a lo largo de *El árbol de la ciencia*, a mi juicio carece de un dato fundamental para el lector contemporáneo, la edad del protagonista. Quien no esté familiarizado con el sistema educativo de España en el siglo XIX pudiera pensar que el joven Andrés tendría al menos 18 años en el primer año de la carrera de medicina, y el lector norteamericano, concretamente, casi automáticamente creería que sería aun mayor.³ En cambio, Antonio Villanueva Edo esclarece que la carrera de medicina en la época de Baroja y Trigo empezaba a los 14 años, llegando a ejercer el joven médico recién licenciado, con 20 años (494). Aún teniendo en cuenta que tratamos una época histórica radicalmente distinta de la nuestra, se podría opinar que insertar a un adolescente de 14 años en un curso de estudio riguroso en esta etapa crítica de crecimiento físico y mental, podría conducir a los resultados tan nefastos que Andrés y Esteban sufren, y que describiré en este trabajo.⁴

El gran pesimismo evidente especialmente en *El árbol de la ciencia*, pero también en *El médico rural*, indudablemente tiene su raíz, en parte, en la observación de un mundo que estos escritores consideraron degradado física y emocionalmente y que tuvieron ocasión de ver siendo jóvenes médicos. Decía Baroja en su artículo “Recuerdos de un médico de pueblo,” “En la práctica de la medicina, en la aldea, se ven cosas muy extrañas, a veces terribles, que dan una impresión quizá demasiado viva del fondo de egoísmo y de brutalidad del hombre” (678). El pesimismo afamado de Baroja, no obstante, se ha visto comunmente como producto de su asimilación de la filosofía de Schopenhauer, ya no tanto por vivencias personales que le llevaran a él.⁵ Con respecto a este último punto, tanto Baroja como Trigo parecen querer afirmar, como dictaba Schoepenhauer, que a mayor inteligencia y conocimientos, cuanto más se sabe de la vida, más sufre uno.⁶ Lo irónico en cuanto a las novelas que se tratan aquí, es que nuestros protagonistas parecen ya bien encaminados hacia el desengaño a una edad muy tierna. Andrés, por ejemplo, es de carácter inusualmente reflexivo para la edad que tiene. Cuando tiene ocasión de trabajar con un médico muy estudioso en el Hospital General, nota que el facultativo: “Consideraba, y quizás tenía razón, que la verdadera moral del estudiante de Medicina estribaba en ocuparse de lo médico, y fuera de esto, divertirse. A Andrés le preocupaban más las ideas y los sentimientos de los enfermos que los síntomas de las enfermedades” (54).

La intensidad del pesimismo de Andrés Hurtado y Esteban induciría a creer que tratamos, o seres que naturalmente exudan una aguda negatividad, o que hubieran sufrido intensamente en su vida personal. Creemos que mientras los protagonistas reúnen estas características, también es esencial recordar que mientras es lógico que el ejercicio de la profesión médica pudiera agrandar el pesimismo de uno, es mucho más posible, creemos, cuando se compaginan experiencias impactantes (ej. disección de cadáveres, trato con gente terminalmente enferma), con el muy exigente curso de estudios de la

carrera de medicina, a una edad formativa e inestable. Es sabido que las vidas de estos escritores fueron regidas por la imposibilidad de reconciliarse con su sociedad, terminando en el caso de Trigo con el suicidio, y en el de Baroja con una eterna disposición truculenta y enfrentada. El pesimismo tan notorio en los dos, no obstante, generalmente tiene un cariz distinto en los personajes literarios de cada uno. En Andrés de *El árbol de la ciencia*, se intuye que el pesimismo es una reacción desesperada a un mundo al que no puede adaptarse y que no tiene esperanzas de poder cambiar. Por otra parte, para Esteban, en *El médico rural*, el pesimismo refleja cierta sensibilidad natural con posibilidades evolutivas. Él es mucho más susceptible a los cambios en su vida personal que le mueven hacia el optimismo o de forma converso, hacia el pesimismo. En Andrés, salvo en el período de su matrimonio con Lulú en el que aún se presenta un desenlace infeliz, no hay resquicio de luz. Por su parte, el lector no teme por Esteban, cuya forma de ser, en el fondo algo frívolo, permite que supere sus baches espirituales.

Las obras principales de Baroja y Trigo ya mencionadas, deben colocarse dentro del género del bildungsroman ya que es evidente que tratan el proceso de aprendizaje de protagonistas jóvenes que, desprendidos de sus ambientes familiares por infortunios de diversa índole, llegan a conclusiones, en este caso negativas y hasta trágicas, y a una cierta madurez espiritual acerca del mundo en que viven. Algunas de estas conclusiones se derivan del hecho de ser médicos, profesión que les permite observar la vida desde un puesto de privilegio, en que tienen la puerta franqueada para auscultar a todos los niveles socio-económicos de la sociedad, además de sondear tanto a hombres como mujeres. Este último hecho que hoy nos parece normal, pero que era obviamente más trascendental a finales del siglo XIX, es extraordinario por la posibilidad que tendría el médico de observar y entender matices de sociedad vedados a la mayoría.⁷

Añadido al proceso de aprendizaje y entrenamiento por el que pasan, y en el que se refuerza su pesimismo generalizado, ya de por sí los protagonistas de estas obras elaboran un entreverado aparato metafísico personal que complica mucho esa travesía. Esto se puede afirmar más en el caso de Andrés Hurtado, quien sufre de una falta de elasticidad para poder acoplarse a la sociedad en que vive. Además de sufrir constantes vapuleos desde fuera, estos jóvenes médicos se dan de bruces con sus propios pensamientos. Mientras tienen muchas tendencias afines, hay que señalar un contraste fundamental; Andrés Hurtado se empuja a sí mismo hacia un fin inexorable de auto-destrucción, mientras Esteban carece de una manera tan completa de ese trasfondo negro. La forma de ser de Andrés es aislacionista. Él limita su contacto con el mundo a un mínimo. Desde principios de la carrera, por ejemplo, vive apartado en “un cuarto bajo de techo, usado para guardar trastos viejos . . . El cuartucho tenía aspecto de celda . . . Allá se encontraba a gusto solo” (23). Esteban está dotado de rasgos más sociales; se casa muy joven con una mujer absolutamente ejemplar en el estereotípico sentido español de la honradez, siempre está rodeado de gente, busca ávidamente relaciones extramatrimoniales de las que sale ileso, y a fin de cuentas, es capaz de aceptar la sociedad hipócrita en la que acaba por triunfar, a pesar de todo.

Ambas novelas fueron publicadas con únicamente un año de diferencia, siendo el marco histórico de las dos los últimos años del siglo XIX en los que España se enfrentaba con una potente mezcla de problemas sociales a los que hacen referencia los escritores, desde

las revueltas agrarias y obreras de los últimos años de la Restauración, a los años del desastre político y militar del 98. Las novelas también le ocasionan al lector la oportunidad de pesar criterios literarios usados por los dos autores para trazar el perfil de unos personajes que reflejan varios de los dilemas filosófico-sociales imperantes en la Europa de fin de siglo; por ejemplo, un desvanecimiento de la fe religiosa en el intelectual, o el escrutinio del pasado o el futuro para regenerar al país. En este caso el médico joven, como sujeto mucho más instruido académicamente, aunque muy inexperto todavía en su experiencia en la vida, es obligado a convivir con milenarias costumbres religiosas y sociales, a la vez encorsetadas y alocadas, que despiertan en él los recelos de su también deficiente formación espiritual. Sale aflote en las dos novelas un análisis de la sinrazón de los cultos religiosos y algunas de sus posibles consecuencias; la mezquindad del hombre aferrado a lo mucho o poco que tiene, la desigualdad entre los sexos, la hipocresía sexual, el caos político, las injusticias sociales, y la escasa o nula preocupación por la enseñanza laica. Es decir, que las narraciones ofrecen un incentivo doble para el lector; una aguda exploración de la psique del hombre y un planteamiento de males sociales. El claro componente sociológico en las dos novelas es consecuente con las aspiraciones tanto intelectuales como sociales de Baroja y Trigo en los últimos años del siglo XIX, pasando por la crisis del 98 y adentrándose en el siglo XX. Los dos escritores expresan preferencia por un desmoronamiento del sistema oligárquico, critican con dureza las políticas agrarias imperantes en su época, y acometen contra un clero que ejerce un poder desmesurado.

En 1935 el afamado médico español Gregorio Marañón escribió en un ensayo breve “Médicos escritores,” “No olvidemos que la vida del médico es como el viaje de un barco por aguas cenagosas que, inevitablemente, dejan un sedimento más que de dolor, de suciedad, en el casco. Hay de tiempo en tiempo, que limpiar los fondos del espíritu” (565). Aplicando lo que dice Marañón a las obras arriba mencionadas de Baroja y Trigo, sobre todo en el terreno de lo psicológico que es lo que más apremia, estos escritores limpian la “fuente cenagosa” de sus vidas, y se afanan por mostrar un país decadente, dentro del que hacen una toma de conciencia, una purga si se quiere, en la que sale a la superficie novelesca toda la suciedad y dolor que hubieran querido expurgar de sí mismos, según Marañón, a través de la creación literaria. No por ello surtirá la purga su efecto deseado. Tanto Andrés como Esteban están en plena etapa formativa, y su áspero encuentro con el mundo y la falta de un desenlace feliz auguran un metafórico futuro negro para toda la sociedad. Esto máxime al pensar que no parece haber solución, al menos novelada, para la sucesión de embrollos políticos, agrarios, educativos, religiosos, científicos y sociales con los que se dejan atormentar Esteban y Andrés. Se diría que los jóvenes sobre los que se proyecta este ensayo son ejemplares casos de estudio de la precariedad espiritual del joven profesional en la España de finales del siglo XIX. En estas novelas la lucha ideológica del individuo consigo mismo supera la que sostiene con su sociedad. Nos enfrentamos con un individuo en crisis que no está provisto de las armas necesarias para colaborar en la construcción de una sociedad nueva, sino que tiene, las más de las veces, una tendencia a ser huraño, impaciente, intransigente e inconformista, características todas ellas afines a la juventud. Afirma esto Andrés Hurtado en conversación con su tío Iturrioz cuando éste le recrimina su excesivo aislamiento y las posibles secuelas:

Yo estoy dispuesto a sufrirlas. El que no tiene dinero paga su libertad con su cuerpo; es una onza de carne que hay que dar, que lo mismo le pueden sacar a uno del brazo que del corazón. El hombre de verdad busca antes que nada su independencia. Se necesita ser un pobre diablo o tener alma de perro para encontrar mala la libertad. ¿Que no es posible? ¿Que el hombre no puede ser independiente como una estrella de otra? A esto no se puede decir más sino que es verdad, desgraciadamente. (199-200)

Al final de *El médico rural*, lejos de formar una moral nueva o haber colaborado en la regeneración espiritual de su entorno, Esteban, a diferencia de Andrés, parece haber aceptado los códigos de conducta hipócritas que le rodean para así vivir más en paz consigo mismo y los demás, “Esteban, que había rectificado algunos puntos de su filosofía rectificable y que había aprendido a guiar perfectamente, la guiaba” (347). Pero la falta absoluta de una moralidad nueva es la conclusión a la que se llega, más acorde con los pensamientos de Esteban cuando éste se da cuenta finalmente que los pueblos estereotipados e idealizados son un fiel reflejo de la sociedad descarrilada de la que forma parte: “¿Dónde estaban las idílicas aldeas? Habrían sido; habrían existido alguna vez, a no dudar; pero pasó su tiempo, como había pasado el de la candidez pueril para las gentes, y nada más quedaban los conglomerados absurdos de bestialidad y de hipocresía . . . ” (345).

Esteban ha contribuido a ello, por su torpe comportamiento social, y su traición a sí mismo en cuanto a la búsqueda de la verdad, que para él, viene a ser en su esencia, el enriquecimiento material más que espiritual, mal endémico de occidente que nos martiriza hasta hoy. Sigue una aguda reflexión del narrador sobre la acumulación de bienes, la hipocresía en la que Esteban ha caído consigo mismo y con la sociedad que ha aceptado sin rechistar al médico joven:

. . . el hombre de doblez no mal hallado con las calmas de su hogar y con su amor y con su amante, con los hijos de la esposa y con los hijos de la amante . . . , de los que acaso, y al menos el primero, floreceríale ya a Inés en las entrañas; el médico rural que, poco a poco, curando a unos, estafando a otros e impávido ante los que tuviesen la ocurrencia desdichada de morirse (en todo, claro es, igual que sus colegas), llegaría a convertirse en una especie de “repartidor práctico automático” de purgas y quinina para cuantos pusieran en juego sus resortes, metiéndole en un bolsillo medio duro; el buen burgués, en fin, que iría engordando e iríase enriqueciendo, satisfecho de los eructos de sus buenas digestiones, de su buena jaca, de su buen reloj de oro, de su caza de perdiz y su querida. (343-344)

Andrés Hurtado, por su parte, sencillamente corta a raíz su comunicación con el mundo, indispuerto, y en el fondo incapaz, de crear una moral nueva en un mundo incomprensible. El pronunciamiento que se hace sobre él al encontrarle en su cama, muerto de sobredosis, “. . . había en él algo de precursor,” (248) apunta a esa España en deriva que no se guiará por personas agudamente sensibles como Andrés.

La erosión psicológica de nuestros protagonistas se debe, en parte, a su contacto con los códigos de la vida rural. Trigo y Baroja escribían sobre ese campo de la España profunda que la inmensa mayoría de sus lectores urbanos (prácticamente los únicos que hubieran comprado una novela de nuestros dos autores), nunca iba a experimentar y del que sabía muy poco en cuanto a sus costumbres y problemática, a pesar de tener algún contacto mínimo con los aldeanos, quizá en los mercados de la ciudad. No obstante, estos lectores, viendo la sarta de problemas que aquejaba a las sociedades rurales, tendrían que llegar a compadecerse los labradores. El roce del médico formado en la ciudad, ya fuera Madrid o Sevilla, con el campo, en los períodos históricos de la Restauración borbónica de finales del siglo XIX, y en los años anteriores al desastre de 1898, era un hecho social común, pero algo anónimo. España era, y siguió siendo, hasta los años 50 del siglo XX un país mayormente rural, y por tanto muchos médicos se vieron obligados a aceptar plazas de médico de pueblo. Martín Muelas Herraiz escribe que en 1887, “. . . la población activa española se divide en un 66’5% para la agricultura, 14’7% para industria y 18’8% en servicios” (3). En el medio agrícola, por lo general mal atendido por el sector sanitario, trabajaban médicos de diversa procedencia. Existía la malhadada idea que llegar a un pueblo para practicar la medicina era poco menos que una desgracia. Esto lo sugiere Estaban, acordándose de un profesor que al aprobar a un estudiante malo, espera, “Para un pueblo bien está” (81). Si algo se deduce de las novelas aquí estudiadas, es la pobre formación médica que se le daba al joven aspirante a médico, algunos de ellos tan atrasados en su ciencia al cabo de la carrera, y aun como practicantes, como los mismos aldeanos que atendían, hasta el punto de literalmente matar a sus pacientes con sus torpezas.⁸ Se quiere dar a entender que la pobre formación académica que tenían los jóvenes aspirantes a médico, aun se rebajaba más en los facultativos encaminados a un pueblo. Pero a pesar de la representación literaria del estudio de la medicina a la que acabo de aludir, Villanueva Edo describe un sistema en el que se intentaba llegar a un rigor científico, pero en que más se echaba en falta un trato real con el enfermo: “Entonces, como hoy, si un estudiante de medicina creía que iba a enfrentarse desde el primer día con la enfermedad, sus síntomas, sus procederes diagnósticos y las formas de tratamiento, vería con cierto desencanto que iba a tardar tres o cuatro años más antes de enfrentarse con la patología del enfermo” (496). Termina el crítico diciendo, “En resumen, en 1898, a finales del siglo XIX en España, la enseñanza de la medicina española se encuentra en un período de crecimiento que alcanzará lentamente cotas cada vez más elevadas” (502).

Sorprende, por tanto, el panorama tan desolador que nos ofrecen Baroja y Trigo a la hora de describir la experiencia de Andrés y Esteban. Salta a la vista que estos jóvenes, al igual que sus compañeros, no se escapan de la pobreza de la carrera de medicina. Nos ayuda a entender el ambiente la descripción del profesorado de la Facultad de Medicina que proporciona Baroja al principio de *El árbol de la ciencia*:

Aquel ambiente de inmovilidad, de falsedad, se reflejaba en las cátedras. Andrés Hurtado pudo comprobarlo al comenzar a estudiar Medicina. Los profesores del año preparatorio eran viejísimos; había algunos que llevaban cerca de 50 años explicando. Sin duda no los jubilaban por sus influencias y por esa simpatía y respeto que ha habido en España por lo inútil. (13)

Esteban, en la obra de Trigo, enfrentado con su primer caso de un paciente con un cólico agudo provocado por una mala digestión de chorizo con guindillas, es incapaz de diagnosticar al paciente, “. . . toda su ciencia universitaria en conflicto de total inutilidad y de fracaso ante una de estas vulgares indisposiciones que cuando pequeño y sin necesidad de médico a él mismo curábale su madre” (23). Recuérdese que Esteban sacó “nota brillantísima” en la carrera (81).

Estos fracasos llegan a desatar grandes reflexiones filosóficas en los protagonistas y en ese agudo estado psíquico, ellos deparan para el lector la posibilidad de escudriñar al ser humano, metido en un ambiente que le es extraño, el campo, en situaciones límite. El lector experimenta a través del médico formado en la ciudad el enfrentamiento de varios mundos; el rural con el urbano, el de las ciencias con la sabiduría popular, el de la mítica felicidad del ignorante contrapuesta a la miseria del que sabe lo que hay detrás de la vida. Notemos con respecto a la supuesta falta de preparación de los médicos en la España de fines del siglo XIX, que la trayectoria tanto de Andrés como de Esteban en su ejercicio de la medicina en el campo, es de una asombrosa y poco creíble velocidad. Los dos se quejan de no saber prácticamente nada, y de sufrir de una carencia de conocimientos que les permitiría practicar como hombres de ciencia. No obstante su supuesta preparación deficiente, confían en el poder de las ciencias para guiarse. Andrés le comenta a su tío, “La ciencia es la única construcción fuerte de la humanidad” (130). Pero su entrenamiento y educación han sido deficientes, y al llegar Esteban a Palomas con 21 años, es incapaz de hacer frente a casos elementales, como el ya referido cólico agudo. Entre medias, es relativamente incapaz de aliviar el sufrimiento ajeno y hasta se le mueren pacientes (por razones lógicas, la imposibilidad de combatir la influenza, por ejemplo). No obstante, adquieren vertiginosamente una fama de médicos célebres, capaces de resolver cualquier caso por difícil que sea. En un tiempo récord crece su fama de médico ilustrado. Quizás los escritores hacen esto a modo de comparación, para sugerir que por muy poco que sepa el médico joven, está infinitamente más preparado que sus coetáneos de ayer. En un parto particularmente complicado, por ejemplo, Trigo describe a Esteban como poco menos que una eminencia médica. Con el feto muerto desde hace días dentro de la madre, no parece posible que ésta se salve. En la delicadísima intervención Esteban tiene que trabajar con el pobre médico de la aldea que confiesa, “¡No sé jota de partos ni de nada, ni tengo más que un libro que me resuelve como puede todas las cuestiones!”(283). Pero la madre sobrevive, y la feliz intervención hace crecer la fama de Esteban que hacía tan solo dos años era incapaz de intervenir en los casos más sencillos. Esteban resulta ser para el lector, al menos de momento, el representante del hombre nuevo, que con su ciencia es capaz de salvar al mundo: “El vencedor; a quien le habían rendido una ovación digna de dioses . . . iba en la mula con una alegría en el corazón y con un caudal en el bolsillo . . . ¡Dos mil reales ! . . . Una lágrima de Esteban enobleció el momento aquel, siempre un poco mercantilmente fastidioso, de cobrar” (287).

No obstante estos éxitos, como ya queda dicho, quizás entre algunos lectores nazca alguna duda acerca del poco convincente éxito médico de Esteban y Andrés. La evolución narrativa tal y como la montó Trigo no permite lógicamente que Esteban adquiriera tantos conocimientos en tan poco tiempo, sobre todo estando inmerso en un ambiente totalmente carente de medios. Segundo, mezclado con la escasa ciencia de estos

médicos jóvenes hay una porción de prestidigitación. El paciente, ya sea rural o urbano (entiéndase el ciudadano de a pie), está dispuesto a creer lo que el médico (entiéndase la autoridad pública) le diga, sobre todo si el diagnóstico va acompañado de un aparato técnico elaborado, análisis “rigurosos” y un instrumental complicado. Estamos ante el “humo de paja” de la sociedad española de fin de siglo. No es ajena a la comprensión del lector la misma bagatela de los políticos sobre el fracaso de España ante los Estados Unidos en 1898; la retórica hueca hizo creer a la población que España disponía de medios para derrotar a los Estados Unidos. Pero la ignorancia manifiesta del hombre común por la fe de éste en el profesional de cualquier campo (aquí la medicina) que disfraza su ineptitud con el arte del engaño, acrecienta el pesimismo y el desprecio de Andrés y Esteban. Un médico más experimentado le aconseja a Esteban, “Lo que sí le convendría . . . es algo de comedia . . . El despacho debe deslumbrar a la gente en las consultas . . . títulos y un instrumental complicadísimo” (129). Esteban llena el mueble de su consulta hasta “con un espejo de un juguete de Luisín” (130). Andrés comprende que faltándole experiencia y medios, está propenso a hacer barbaridades si no ejerce la cautela con los pacientes. Gana fama como médico eficaz pero observa que el desarrollo de una enfermedad física sigue a menudo un rumbo caprichoso que depende de la suerte más que de otra cosa:

El no decía que sus éxitos se debían a la casualidad; hubiera sido absurdo, pero tampoco los lucía como resultado de su ciencia. Había cosas grotescas en la práctica diaria: un enfermo que tomaba un poco de jarabe simple y se encontraba curado de una enfermedad crónica del estómago; otro, que con el mismo jarabe decía que se ponía a la muerte. (163)

La conclusión a la que llega para tratar a muchos pacientes es que es mejor “cortar por lo sano” que causar una tragedia, “Convencido de esto, se dedicaba al método expectante. Daba mucha agua con jarabe. Ya le había dicho al boticario:—Usted cobre como si fuera quinina” (164). Esteban concluye que, “Más que nunca, en el misterio o en la compleja dificultad de su carrera, acababa de aprender cuan era indispensable una circunspección de farsa en los diagnósticos” (146).

La ignorancia de la gente que ayuda al médico a forjar su fama, no es exclusiva al campo, vienen a decirnos Trigo y Baroja. Estos médicos jovencísimos llegados de la ciudad que se creen superiores a los aldeanos, en el fondo, pueden beneficiarse de sus conocimientos. La marginación del medio rural de los adelantos no significa que los labradores no tengan un panorama de saber grande, que a veces deja en evidencia al médico. Me refiero a la sabiduría popular, abanico de conocimientos forjado por el tiempo y la experiencia, que, en el caso de nuestros protagonistas, es un eslabón importante en su formación mundana. El caso del porquero que asegura tener gusanos en el oído es ilustrativo de la necesidad de la comprensión mutua entre el campo y la ciudad, o en un plano más grande, entre la “Cultura” de la ciudad y la “cultura” del campo. Esteban cree totalmente desatinado que el porquero pueda tener tal aflicción. Él “. . . sonreíase. Transigía con la ignorancia de estas gentes,” (137) y le administra un calmante de cocaína en el oído del porquero, remedio que, sin saberlo Esteban, expulsa a los gusanos. La valiosa lección para Esteban, este hombre “ilustrado” que viene al campo a dar lecciones de su saber, es, “Por brutos

que fuesen los pacientes, tomaríales en cuenta su opinión, así viniesen a decirle que tenían un caimán en la cabeza” (146).

Aun teniendo en cuenta lo que estos médicos perciben como la gran ignorancia del hombre rural, la llegada del médico al pueblo representa para nuestros protagonistas una salida de alguna crisis que les aqueja en sus vidas, y un impulso para su amor propio. A Andrés le resulta imposible convivir con su familia, sobre todo con su padre, y está hastiado de la vida en Madrid. Esteban huye al campo, “. . . a que los trajo la desdicha,” (29) su afición a la bebida y a la vida marchosa de Madrid y Sevilla. Ninguno de ellos realmente tiene interés en ser médico. Andrés Hurtado se confiesa con su tío Iturrioz, cuando éste le pregunta si tiene “afición a la carrera” y Andrés añade, “Veré a ver si voy adquiriendo la afición” (53). ¿Qué es lo que conduce a Andrés y Esteban al campo cuando debía ser el último reducto deseado por los jóvenes médicos? Andrés no es capaz de afrontar más la vida urbana madrileña que, “. . . le iba presentando su cara más fea” (49). Él observa que sus compañeros de medicina en el fondo no desean más que “. . . hundir el escalpelo en los cadáveres [en la sala de disección], como si les quedara un fondo atávico de crueldad primitiva” (26). Y mientras Hurtado también está provisto de lo que el autor percibe como una “crueldad primitiva”, “. . . no le hacía tampoco ninguna mella ver abrir, cortar y descuartizar cadáveres,” (27) podemos ver que a la vez su forma de ser no permite que disfrute del trato que dan a los cuerpos muertos, “Hurtado . . . reflexionaba acerca de la vida y de la muerte; pensaba que si las madres de aquellos desgraciados que iban al *spoliarium* hubiesen vislumbrado el final miserable de sus hijos, hubieran deseado seguramente parirlos muertos” (27). La vida para Andrés es como una cacería constante en que el más fuerte se come al más débil. Todo esto se engendra por lo que ve y por las discusiones filosóficas que mantiene con su tío Iturrioz en las que se descubre la afición barojiana por Schopenhauer. Sabemos de Andrés Hurtado que su verdadera afición con respecto a la medicina es el aparato psicológico del paciente, “. . . las ideas y los sentimientos de los enfermos” (54). La vida de Hurtado, basada en un armazón filosófico muy elaborado, consiste en una búsqueda constante de comprender la crueldad del mundo. Finalmente él es impulsado a hacer una excursión al campo para buscar un ambiente sano para su hermano Luisito, enfermo de tuberculosis, y así empieza a tomar contacto con el medio rural, que esporádicamente le parecerá un paraíso y un infierno. Cuando finalmente le nombran médico titular de Alcolea de Campo su tío le recuerda “te encuentro mal armado para esa prueba” (144).

Pero llegar al campo supondrá un estímulo para ellos al principio, porque tanto Andrés como Esteban serán tratados con deferencia por los habitantes de campo, destinatarios de las alabanzas habituales del que se cree inferior a otro, en este caso el labrador hacia el señorito, relación que, por otra parte, empieza a desmoronarse en esa época finisecular. Con todo ello Andrés Hurtado empieza su andadura por Alcolea del Campo con cierto pesimismo. Anteriormente en sus estudios de medicina se había topado con estudiantes de pueblo llegados a Madrid, “. . . con un espíritu donjuanesco, con la idea de divertirse, jugar, perseguir a las mujeres” (12), todo esto resultándole difícil a un estudiante “culto” como Hurtado. Él y sus amigos de Madrid, “. . . se reunían poco con los estudiantes provincianos; sentían por ellos un gran desprecio” (29). Al llegar al pueblo en calidad de médico titular ya ha creado una imagen negativa del habitante del medio rural, “Creía

que aquella gente manchega sería agresiva, violenta, orgullosa; pero no, la mayoría eran sencillos, afables, sin petulancia” (154).

Se sabe que a Esteban al igual que Andrés, que la vida urbana no le ha deparado más que disgustos, “Sevilla, harto lejos ya, persistía en la memoria como un brillante infierno despiadado” (11). En cualquier caso los dos están convencidos que sus vidas se han complicado innecesariamente, saben demasiado de los sinsabores de la existencia, han sufrido demasiados desengaños, y por tanto, creen que su marcha al campo supone necesariamente una simplificación de su vida, de su pensamiento, y como consecuencia, un saneamiento de su ser. Están embebidos del encanto de la naturaleza, ocurrencia común de quien no tiene que trabajar en ella. Mientras Esteban y Jacinta viajan al pueblo, “Libres de la opresión de la ciudad, sus tesoros de amor y juventud se dilataban en una armonía maravillosa de esperanza con el canto de las ranas y los pájaros y los rumores de las aguas y las selvas” (12). El encuentro de Andrés con la casa de un pueblo de Valencia es grato, “. . . le pareció un paraíso” (105). Su disposición, por tanto, es buena, y antes de llegar a los pueblos a los que son destinados, Esteban y Andrés parecen suscribir la noción de “menosprecio de corte y alabanza de aldea”. La primera impresión del campo es arcádica. Los personajes caen en el estereotipo de alabar lo que les parece es la vida bucólica del campo, acrecentada su perspectiva por las malas experiencias que dejan detrás y la esperanza de encontrar algo mejor. Los jóvenes, Esteban y Jacinta: “. . . traían el alma rebosante de la visión de estos edenes perdidos entre idílicas montañas, con sus gentes nobles, sencillotas; con sus ricos generosos, sus pastores, sus esquilas de ganados y sus bailes de alegres mozas en medio de una dicha patriarcal regida sonriosa y santamente por la torre de la iglesia y por el cura” (16). A Andrés también le complace lo que considera la sencilla honradez de la gente campesina. Cuando está en el tren camino de Valencia, estremecido de frío, un labrador le ofrece desinteresadamente su manta mientras alude a la debilidad de la raza urbana, “Ustedes los señoritos son muy delicados” (103).

No obstante esta primera impresión favorable, será evidente que Baroja y Trigo desean trazar un contraste brusco con visiones de España que persistían de un campo libre de pecado, y lo que el lector ve enseguida, que el medio rural iguala a las ciudades en la enormidad de sus problemas. Resulta claro casi inmediatamente que la vida de los pueblos no será más que un reflejo de lo que ocurre en las ciudades. Pronto el deseo del escritor es desbaratar esa arcadia. Una descripción de Palomas, el primer pueblo al que es destinado Andrés, demuestra la gran falta de medios de los que había necesidad en el campo, “El pueblo no podía ser más desdichado-especie de dantesco islote, de sarcástica zahurda en mitad de la hermosura de los campos,” en cuyo seno enseña un maestro que apenas sabe leer y que “. . . parecía absolutamente un chimpancé,” (49) “. . . el idiota que de un modo oficial representaba la máxima cultura de Palomas” (52). Irónicamente, después de un tiempo, Esteban y su familia se trasladan a Castellar, que engañosamente simboliza el paso de un pueblo de “pobres botarates a un pueblo de gente ilustrada y principal” (135). Pronto se dará cuenta de que la chabacanería está a la orden del día y piensa que está “. . . en un pueblo de perversiones, de extraña mezcla de honradez y de impudencia, de virtud y prostitución . . . con todos sus absurdos, lo mismo en Sevilla, lo mismo que en Madrid” (144). Andrés Hurtado llega a Alcolea de Campo, pueblo manchego grande, y pronto empieza a dejarse de halagos y pasa a la triste realidad de la

situación, “Las costumbres de Alcolea eran españolas puras, es decir de un absurdo completo” (165). Alcolea, como Castellar, es un microcosmos de lo que pasaba por dondequiera en España, “Andrés podía estudiar en Alcolea todas aquellas manifestaciones del árbol de la vida, y de la áspera vida manchega: la expansión del egoísmo, de la envidia, de la crueldad, del orgullo” (167). Tanto Esteban como Andrés verán que lejos de escaparse del “mundanal ruido,” su contacto con los aldeanos vendrá a reflejar que el ser humano, viva donde viva, es igual de cruel y despiadado, propenso a las mismas flaquezas físicas y espirituales.

Nuestros protagonistas sufren de flaquezas espirituales en una medida mucho más intensa que la gente con la que tiene trato en los pueblos. La raíz de la duda religiosa y del escepticismo de Hurtado parece provenir de una experiencia desagradable en su primera confesión, “Llevaba en la memoria el día de la primera confesión, como una cosa trascendental, la lista de todos sus pecados; pero aquel día, sin duda, el cura tenía prisa y le despachó sin dar gran importancia a las pequeñas transgresiones morales. Esta primera confesión fue para él un chorro de agua fría” (18). A continuación se alejará de la moral católica, aunque no será capaz tampoco de ver todo fríamente a través de la ciencia médica. Siendo una persona altamente sensible y contemplativa, el hueco que deja la imposibilidad de tener fe es difícilmente suplida por su propio aparato metafísico.

En cuanto a Esteban, aunque recuerda placenteramente su primera experiencia en el confesionario, más tarde cuando quiere airear sus inquietudes religiosas con un cura jesuita, queda dañado por la experiencia, “Aunque Esteban hubiese temido que en éste último empeño su fe pudiera morir definitivamente, no esperaba que un sabio sacerdote se la asesinasen con la alevosía de tanta farsa” (122). La imposibilidad que tienen nuestros protagonistas de marchar al son de la sociedad, la misma sociedad afectada por la moral hipócrita de la Iglesia, hace que sus experiencias nunca puedan ser satisfactorias.

Paradójicamente aunque carecen de fe religiosa, al mismo tiempo se ven obligados a atender como médicos a un pueblo aferrado a una serie de creencias religiosas que se ha convertido en un manual de comportamiento público altamente recatado. Se ven inmersos en situaciones en las que la mujer, sobre todo, debe descubrirles intimidades que su código social prohíbe. En *El médico rural*, el contacto entre cura y confesante se puede comparar al trato íntimo del médico con su paciente en el que el médico se convierte en una especie de confesor. Tanto es así que doña Claudia, manipuladora de hombres, exclama al ver a Esteban reconocer a su hija Inés, “¡Los médicos son ustedes igual que confesores!” (252). La unión entre cuerpo y componente psicológico/espiritual nunca llega a romperse para estos jóvenes médicos. Se conciben como hombres de ciencia, ajenos a las caprichosidades religiosas del pueblo, pero son obligados a reconocer que éstas son determinantes en su ejercicio de la medicina. Este embrollo físico/mental se puede observar más claramente cuando Andrés pone fin a su experiencia en Alcolea de Campo, a punto de marcharse a Madrid. Seduce a la mujer en cuya casa se ha hospedado. La mujer, casada con un bruto, se deja encandilar por Andrés, pero el lector intuye que tanto ella como Andrés quedan dañados por la ruptura del código social impuesto por la Iglesia, “Al amanecer comenzó a brillar la luz del día por entre las rendijas de las maderas. Dorotea se incorporó. Andrés quiso retenerla entre sus brazos. —No, no— murmuró ella con espanto, y, levantándose rápidamente, huyó del cuarto”

(192). Andrés piensa a su vez, “¡Qué absurdo! ¡Qué absurdo es todo esto! . . . Y se refería a su vida y a esta última noche tan aniquiladora” (193).

La conclusión a la que llega el lector es que el ejercicio de la medicina se ve dificultada por los parámetros que impone tanto la Iglesia católica, como por la ignorancia de los pueblos que resulta a continuación. Al principio nótese que el pueblo significará reducto de gente en el campo, pero se ampliará a incluir a todo el pueblo español que padece algún tipo de ignorancia, viva donde viva. La letanía de males sociales pasa por una crítica del hombre español en sí, inmerso en un medio regido por la más absoluta ineptitud. Añádase un pueblo controlado por la falsa moral católica y la miseria generalizada del habitante rural, controlado por un lado por el cura, y por el otro por el sistema latifundista (los pueblos en las dos novelas están en la mitad sur de España en la que se regía ese sistema). El médico ocupa en el entramado social un lugar desde el que puede ver o intuir todo. Y desde su posición es el que maneja los hilos de los demás, a pesar de que frecuentemente es víctima de su propia discapacidad a la hora de hacer funcionar su propia vida. En rigor, intenta controlar su existencia a través de los dictámenes de su ciencia, pero no es capaz de hacerlo. Así lo demuestra Andrés, al menos en palabra, aunque luego su propio comportamiento y su fuerte carga emocional no le permite que viva de acuerdo a sus aparentes convicciones:

No hay fanatismo en matemáticas ni en ciencias naturales. ¿Quién puede vanagloriarse de defender la verdad en política o en moral? El que así se vanagloria, es tan fanático como el que defiende cualquier otro sistema político o religioso. La ciencia no tiene nada que ver con eso; ni es cristiana, ni es atea, ni revolucionaria, ni reaccionaria. (138)

Pero ni con su ciencia, ni con su propia forma de ver el mundo, nuestros protagonistas son capaces de vivir, ni como médicos ni como ciudadanos. Sólo Esteban, como hemos ya mencionado, medianamente resuelve sujetarse a su sociedad, pero a costa de traicionarse a sí mismo. Baroja y Trigo nos han presentado un retrato complicado, pero claro para todo aquel que quiera verlo, de lo que significa ser curandero de cuerpos, pero no de almas, carencia de la que España, aún en sus ciudadanos más jóvenes y aparentemente más ilustrados, sería incapaz de sustraerse.

UNIVERSITY OF WISCONSIN OSHKOSH

Notas

¹ Felipe Trigo (1864-1916). Nació en Villanueva de la Serena en la provincia de Badajoz y se suicidó en Madrid, quizás a causa de una neurastenia que padecía. Estudió medicina y ejerció esta profesión en varios pueblos en Extremadura. A partir de 1900 se dedicó a la literatura que le supuso bastante popularidad e ingresos considerables. Sus obras más conocidas, al menos hoy, son *El médico rural* (1912) y *Jarrapellejos* (1914), de la que se ha hecho una película. Se debe destacar el componente erótico de sus obras, elemento que probablemente impulsó las ventas. Trigo también imbuyó sus obras con una fuerte crítica social de la sociedad española de su tiempo, especialmente en cuanto a su moral hipócrita en todo aquello asociado con el sexo. Aunque no se le suele asociar con el grupo de escritores de la Generación del 98, creo que su actitud regeneracionista podría hacer que se le incluyera en ese grupo. Merece la pena mencionar que sus representaciones literarias de la miseria que se vivía en el campo extremeño son mejores y más completas que las del campo español que hacían otros escritores contemporáneos suyos. Para informarse más completamente véase el estudio de Martín Muelas Herraiz, *La obra narrativa de Felipe Trigo*.

Pío Baroja (1872-1956). Nació en San Sebastián (Guipúzcoa) y murió en Madrid. Al igual que Trigo, estudió la carrera de medicina, y ejerció brevemente en el campo. Entre las muchísimas novelas que escribió, algunas de las más conocidas son *Camino de perfección* (1902), *La lucha por la vida* (1904), *Zalacaín el aventurero* (1909) y *El árbol de la ciencia* (1911). Aunque en una carrera tan larga y fecunda como la de Baroja se pueden encontrar distintos estilos y temas, su pesimismo y una acusada y feroz crítica de las costumbres, la sociedad y la política de su tiempo son elementos que recurren. Admiro particularmente el estilo de Baroja, que logra una descripción sucinta y a la vez completísima de los personajes y el ambiente que los rodea.

² Beatriz Rivera-Barnes entiende que el haber estudiado medicina hace que Baroja pueda compadecerse, o al menos hacer alguna reflexión sobre la principal condición de la vida humana, el sufrimiento. La medicina, por ende, ayuda en la resolución de esa miseria, “It could very well be that in 1893, the young medical student, in spite of feeling as jaded as he did, chose medicine because it was the ‘art of healing’” (177).

³ Rivera-Barnes alude a la tesis doctoral que Baroja escribió en 1893, “Pain was what the 21-year-old medical student chose to focus on for a dissertation; pain, both physical and psychological” (177). Dado que la tesis era el punto culminante de la carrera, escrita después de haber terminado cinco años de estudios, podemos calcular que la edad de Hurtado en la novela abarcaría desde los 14 hasta los 20-21 años. Creo que lo que le podría resultar difícil para el lector contemporáneo, especialmente el que no tenga alguna familiarización con el sistema español, es compaginar la madurez filosófica de Hurtado con la edad que sugiero que podría tener en la novela. Pensamos que sería difícil que un adolescente tuviera esa madurez y fuera capaz de llevar a cabo conversaciones como las que sostiene con su tío Iturrioz. No obstante queda claro que Hurtado es distinto de los demás compañeros, quienes actúan como si fueran adolescentes de verdad, especialmente a la hora de maltratar los cadáveres en la sala de disección. La crítica hace hincapié en las actividades de los estudiantes de medicina, “Hurtado and his companions show no respect for the dead. In

mockery, they shake hands with them, put bugs in their mouths, paper hats on their heads. Baroja is also very anecdotal and farcical when it comes to the corpse stories” (186). Pero creo que en reiteradas ocasiones el comportamiento chabacano de los compañeros traza un contraste vívido con la seriedad de Hurtado.

- ⁴ Antonio Villanueva Edo ha escrito un estudio valioso en el que explica en qué consistía ser médico en la época de Baroja. Su estudio incluye una descripción de la carrera, el currículum riguroso, y las exigencias de los exámenes de licenciatura. Imaginemos a un adolescente de 14 o 15 años en primero de carrera de medicina con las siguientes asignaturas; Alemán, Anatomía descriptiva y Embriología, Técnica anatómica e Histología y histoquímica normales (494).
- ⁵ Véase el estudio de Edith Rogers, “Sobre el pesimismo de Baroja.”
- ⁶ Esta adherencia a la filosofía de Schopenhauer experimenta vaivenes. Andrés Hurtado pasa gozosamente su primer verano como médico en un pueblo de Burgos, “El verano fue para él delicioso . . . Andrés pudo comprobar que el pesimismo y el optimismo son resultados orgánicos como las buenas y malas digestiones”(120).
- ⁷ Relata Gregorio Marañón en una síntesis de lo que había dicho Feijoo referente al contacto del médico con sus mujeres pacientes, “. . . un verdugo le contaba que cuando iba a atormentar a las mujeres, el momento terrible para ellas no era el del dolor físico, sino el del trámite previo y obligado de desnudarlas, hasta el punto de que casi todas confesaban el delito en ese trance y no en el de apretarles las cuerdas . . . Y esto no sólo en las vírgenes pudibundas, pero también en las meretrices que aparentemente habían dilapidado hacía tiempo todo su recato” (Marañón 29).
- ⁸ En *El médico rural* hay varios casos sonados de tragedias provocadas por médicos mal preparados. Durante una época de fiebres muy agudas, varios pacientes del pueblo, “. . . fueron víctimas de la torpeza de tal médico” (7). O el caso del “osadísimo farsante” Doctor Aspreaga, que con su instrumental quiere deslumbrar a la gente, sin tener un ápice de conocimientos de medicina. Quiere operar a una señora que ha diagnosticado con cáncer de mama, sin que ella lo tenga. Esteban se lo descubre y salva al médico con una treta por la que salva al mismo tiempo a la señora y el honor del médico farsante. Este sin embargo luego queda desacreditado. Este acto de “salvar” al médico desconcierta sobremanera a Esteban que piensa que ha sido “una vil claudicación de su conciencia” (275).

Obras citadas

- Baroja, Pío. *Camino de perfección*. New York: Las Américas Publishing, 1952.
- . *El árbol de la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- . "Recuerdos de un médico de pueblo." *Obras completas Vol V*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948. 671-681.
- Feijoo, Benito Jerónimo. *Teatro crítico universal, Tomo cuarto*. 1730.
<http://www.filosofia.es/fejoo.htm>.
- Marañón, Gregorio. *Obras completas, I*. Madrid, Espasa Calpe, 1966.
- Muella Herraiz, Manuel. *La obra narrativa de Felipe Trigo*. 1986.
<http://www.descargas.cervantesvirtual.com>.
- Pecellín Lancharro, Manuel. "El erotismo de Felipe Trigo." *Revista de estudios extremeños*. 37 (1981): 167-184.
- Rivera-Barnes, Beatriz. "Pío Baroja's Parascientific Epistemology." *Science, Literature and Film in the Hispanic World*. Eds. Jerry Hoeg and Kevin S. Larsen. NY: Palgrave Macmillan, 2006. 175-191.
- Rogers, Edith. "Sobre el pesimismo de Baroja." *Hispania*. 4.45 (1962 Dec): 671-74.
- Sánchez Ostiz, Miguel. "Pío Baroja en el espejo de papel." *Letras libres*.
<http://www.letraslibres.com/index.php?sec=3&art=11395>
- Templin, E. H. "Pío Baroja and Science." *Hispanic Review*. 15.1 (Jan., 1947): 165-192.
- Trigo, Felipe. *El médico rural*. Madrid: Renacimiento, 1921.
- Villanuevo Edo, Antonio. "Cómo estudiaron los médicos de la generación del 98." *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País* 54.2 (1998): 487-502.